

Mujer de espíritu joven

Gabriel Zapata



Capítulo 1

El agua del té burbujeaba en la estufa. Marlene carecía de una de esas teteras que avisaban con un continuo silbido cuando el agua hervía por lo que tenía que calcular el tiempo en su reloj de muñeca para así saber cuándo abandonar su máquina de coser, ponerse de pie e ir a apagar el fuego. El agua de aquel día se encontraba ya humeante y cientos de burbujas explotaban tan pronto se formaban ahí, en el vibrante líquido purificado. Marlene giró la perilla y el fuego se esfumó. Tomó un trapo y lo usó como guante para no quemarse al levantar su olla. Su lánguido brazo tembló como una flor en un campo, pero logró llevar la olla a la mesa. Arrastró los pies y se dirigió a la alacena donde encontró dos tazas de té que su hija Olivia le había regalado en la navidad pasada. En realidad, era un juego de seis tazas blancas con detalles rosados y dorados. Una semana después una de esas tazas resbaló de la mano de Marlene y se destrozó en el suelo. Decidió no decirle a Olivia lo ocurrido ya que prometió cuidar de aquellas tazas que según habían sido importadas desde China. Aquel juego de té también contenía platitos para cada taza, pero Marlene y su esposo nunca los usaban.

Marlene tomó de un frasco dos bolsas de té negro y las arrojó a las tazas. Vertió el agua, usando de nuevo el trapo, y llenó las tazas hasta la mitad. Se dirigió después al refrigerador y tomó una caja de leche deslactosada.

Al diablo con las temperaturas, pensó.

Agregó la leche a las tazas y el agua oscura cambió entre remolinos. Marlene acercó el azucarero y vertió dos cucharadas en una y tres en la otra. Revisó su reloj y la manecilla de los minutos pasaba apenas el 12 y la pequeña el 5.

Acercó su rostro en una de las tazas y aspiró el cálido olor que esta emanaba. Apenas pudo percibir algo.

El viejo se encontraba sentado en su sofá mientras miraba una película de acción en aquella televisión que su hija le había regalado en su cumpleaños 86.

—Vaya, ¿estás sordo? — Dijo Marlene al entrar a la sala, sostenía las dos tazas de té.

Ernesto tenía atrapado el control remoto en una mano. Suspiró y levantó el brazo para bajar el volumen. No estaba sordo. Sus oídos funcionaban a la perfección, pero al parecer se divertía mucho al escuchar

sus películas en un volumen elevado. Como si aquello fuese la única atracción que podía permitirse a su edad.

—Aquí tienes —dijo Marlene—. Está caliente... no hirviendo, pero sí caliente.

—Gracias —dijo Ernesto. Sus manos temblaron un poco al tomar la taza. Se la acercó a la boca y sorbió un trago. Sus labios se contrajeron y después pasó la lengua por ellos saboreando el dulce té. Marlene bebió también y se sentó de nuevo ante aquella prenda que colgaba de su máquina de coser. El sonido de la aguja agitándose de arriba abajo sacó a Ernesto de su transe televisivo. Tomó el control remoto y lo cubrió con una mano. Pasó el dedo pulgar por los botones del volumen y se vio tentado a oprimir una de ellas. Bebió más té y esta vez no lo saboreó. Movi6 un dedo y oprimió el botón de + el cual sirvió para elevar el volumen de la televisión tan sólo un *poco* más. Minutos después lo hizo de nuevo.

Ambos habían desistido de cenar. No tomaban cena desde hace meses ya que sus estómagos comenzaban a protestar y los dotaban de fuertes dolores cuando apenas probaban algo. Aquella costumbre se consumió al desayunar y almorzar en abundancia. Por suerte, sus hijos y nietos les ayudaban con las compras semanales y los alimentos no faltaban en la casa. Sin embargo, Marlene tenía que llamarles para hacerles saber que su despensa se le acababa ya que su familia estaba demasiado ocupada con sus propios deberes. En aquel entonces, sus estantes se encontraban repletos de despensa por lo que no tenía que preocupar a nadie. Al menos dentro de las próximas dos semanas.

Hace ya cinco años que Marlene se dio por vencida con aquello de ir de compras. Arrastrar un carrito de esos hacía que sus brazos sufriesen un dolor agudo que desaparecía en días. Además, había sufrido un asalto justo cuando se disponía a abrir la cajuela de su auto en el estacionamiento del supermercado. El sujeto le arrebató el bolso y se alejó corriendo. Marlene no reaccionó. No gritó por ayuda ni se desesperó hasta llorar. Simplemente se quedó ahí, sosteniendo sus llaves y mirando huir al maldito ladrón. Estar en la casa es lo mejor que podía hacer.

Al otro día Olivia llegó con su hijo César, un adolescente con problemas de sobrepeso.

—Ah, mi nieto más hermoso —dijo Marlene al ver a César cruzar el

pasillo de la entrada—. ¿Tienes hambre? Apuesto a que sí.

—No, madre —dijo Olivia, alzando las cejas—, ya comió.

César se aproximó a su abuela y dejó que le plante un sonoro beso en una de sus rechonchas mejillas. César percibió el olor de Marlene, el olor del talco y del detergente de ropa. César sabía que debía limpiarse aquella mejilla.

—Oh, Olivia —dijo Marlene—, un poco de postre no le hará nada.

César sonrió mientras se limpiaba la mejilla con disimulo. El nutriólogo había sido claro con su dieta. Días atrás encontró que el corazón de César comenzaba a bombear de forma extraña. Aquello era sutil, pero fue suficiente para ponerse alerta.

—Está bien —dijo Olivia—, pero nada más. ¿En dónde está papá?

—¿Qué has dicho?

—Mi papá, ¿en dónde está?

—Oh, en el baño...

Ernesto llegó en aquel instante, arrastrando los pies.

—Vaya, vaya, papaya —dijo con voz ronca. Se aclaró la garganta y re relamió los labios—. Buen día a todos, buen día.

Olivia y su hijo saludaron al viejo el cual sonrió y dejó que sus dientes falsos relucieran ante la luz solar mañanera que llegaba de la ventada abierta.

Todos merendaron té y pan de zanahoria. César se comió primero el glaseado antes del mismo pan.

—¿Puede quedarse hoy, madre?

—¿Quién?

—César, hablo de César.

—Por su puesto. Mis nietos siempre son bienvenidos —Marlene alargó el brazo izquierdo y pellizcó la mejilla del chico, la misma que había recibido el beso.

—Gracias —dijo Olivia—. Hoy necesito atender a una pareja, tú sabes,

matrimonios falsos.

—Yo sé. Gracias a Nuestro Señor que me dio un único e irremplazable esposo.

Ernesto bebió de su té y alzó ambas cejas para demostrar que estaba de acuerdo con Marlene.

César y su abuelo pasaron la tarde juntos. Miraron fotografías de hace 40 años (aunque el chico ya las conocía todas), hablaron de memorias y compartieron un meloso chocolate que el chico había escondido en su bolsillo. Ernesto tosió a la primera mordida. César pensó en darle golpes en la espalda cuando aquel ataque de tos parecía algo serio. Pero no tuvo que hacerlo ya que el viejo controló su respiración y logró acomodar sus pulmones.

—¿Qué tiene este dulce? —Dijo el abuelo, oprimiendo su garganta.

—¡Almendras! ¡Sólo tiene almendras!

El viejo se rio. Rio tanto que por un segundo pensó que la tos regresaría. Aquello no sucedió, sin embargo, un dolor surgió en su pecho. Fue como una aguja que se insertaba con lentitud por sus costillas. Ernesto disimuló la molestia. De todos modos, su nieto estaba ahora demasiado perdido en su chocolate como para prestarle atención.

Más tarde miraron la televisión. Ernesto pasaba los canales, pero no encontraba nada interesante.

—¿No tienen Netflix? —Preguntó César, metido en uno de los viejos sofás de la sala.

—¿*Netflish*? ¿Qué es eso?

—Ah, olvídalo —dijo César, con una sonrisa.

Más tarde, la hora del té vespertino llegó y Marlene se dispuso a preparar las tazas. César dijo que no le apetecía por lo que Marlene le ofreció un vaso de leche, pero tampoco quiso.

Olivia regresó a las seis. Se había cambiado de ropa y su perfume pronto inundó toda la sala. Marlene logró detectar algo en el aire, algo que se asemejaba al olor de las flores, a su miel. Pero aquello se perdió pronto.

—¿No causó ningún problema? —Dijo Olivia.

—Para nada, es un todo ángel —dijo Marlene.

César y su madre se despidieron y prometieron visitar a los abuelos de nuevo.

Dos días después Marlene se despertó a la misma hora de siempre, a las 7:40 de la mañana. Miró a Ernesto y trató de escuchar sus ronquidos. El viejo no emitía sonido alguno. Marlene pensó que Ernesto ya se encontraba despierto y que solamente se hacía el dormido.

—Levántate —le dijo—, no seas perezoso.

Marlene se incorporó despacio para sentarse en la orilla de la cama. Se colocó las pantuflas y se dirigió al baño. Los dolores en la espalda y los pies comenzaban a ser más fuertes que de costumbre y aquello podía ser el inicio de lo que siempre había temido. No quería verse obligada a sentarse todo el resto de su vida en una silla de ruedas y a tomar medicinas que no harían más que provocarle insomnio. Temía que los demás sintiesen lástima por ella. No hay nada peor que eso.

Decidió que tenía que olvidarse de aquellos pensamientos. Aún era fuerte y no necesitaba de nadie, aunque sus hijos dijese lo contrario. Sabía que Olivia traía a César con la intención disimulada de ella y de Ernesto. Pero en el fondo no podía decir nada ya que sabía que era vieja y poco a poco su cuerpo se debilitaba.

Marlene llegó a la sala y puso un poco de música en su radio que podía reproducir discos compactos. Esperaba que Ernesto llegase para así desayunar juntos. Había colocado un álbum titulado *Lo Mejor de los 40s y 50s*. Había sido un regalo de cumpleaños, pero Marlene ya había olvidado cuántos años cumplía en aquel entonces. La cálida voz de Andy Williams inundó la sala mientras cantaba *You're the Best Thing That Ever Happened to Me*.

Marlene se sentó ante su máquina de coser y buscó en los cajones su caja de carretes de hilo. Estaba en el segundo de la derecha. Abrió el cajón y tomó la caja que se encontraba a un lado de unos anteojos que ya no usaba desde hace meses ya que había adquirido unos nuevos. Tomó la caja de plástico y colocó los dedos en la tapa. Jaló con fuerza y la caja se le resbaló de las manos. Los hilos surcaron el aire y cayeron para rodar por todo el piso.

—Jesús —murmuro.

Se levantó. Miró los carretes desparramados mientras decidía cuál levantaría primero. Se apoyó por fin en la máquina de coser y se agachó con lentitud hasta que sus dedos alcanzaron un carrete color azul. No lo supo, pero necesitó de diez minutos para recoger todos los carretes. En la radio se escuchaba ahora una canción de Frank Sinatra, el favorito de Ernesto.

Costuró por aproximadamente tres canciones y media. Pasó algunas telas por la aguja danzante mientras un hilo blanco se insertaba en ellas. Cortó pedazos sobrantes y dedicó un tiempo para medir con una regla de madera el dobladillo de una falda que necesitaba ser mejorada. Las ropas de la vecina, una tal Bertha, yacían a un lado, dobladas con cuidado sobre la almohada de uno de los sofás. Bertha llegó a la casa dos días atrás. Sostenía una bufanda rasgada por uno de sus extremos. Según ella, un clavo en una cerca había hecho de las suyas. También llevaba un pantalón cuya cremallera se había estropeado.

—El frío ya llega, vecina —había dicho Bertha, de pie en la puerta—. Es mejor estar preparada.

Una alarma surgió en el cerebro de Marlene. Vio el rostro de su marido el cual sonreía. Mostraba esos dientes falsos. Luces surcaban su cuerpo mientras la televisión emitía una película.

Su pie derecho comenzó a detenerse arriba de la polea y el sonido mecánico de la aguja al bajar y subir se esfumaba. Se quitó los lentes y se apartó de la tela a medio costurar. Apoyó una mano en el escritorio de la máquina y se puso de pie.

—Ernes...

Su voz se apagó. La sala a su alrededor giró a medida que ella caía. Al final, se golpeó la cabeza en la máquina de coser.

El disco en la radio había terminado y sólo se escuchaba el murmullo de sus bocinas. Marlene abrió los ojos. Un dolor agudo se deslizó por su cabeza y llegó a sus cienes. Se tocó la arrugada frente y encontró entre su cabello blanquecino un rastro húmedo. No quería ver. Sin embargo, antes de acercar sus dedos temblorosos a sus ojos sabía que aquello se trataba de sangre.

Se puso de pie sin sentir otro dolor más que el que emitía su cabeza. Miró a su alrededor y vio su sala. El lugar donde había vivido por más de 40 años se encontraba intacto y el tiempo parecía no haberle hecho nada a ninguna de las cosas que había ahí. Caminó a su máquina de coser y continuó aplastando la polea en el suelo y pasando la tela por la aguja.

Media hora después su estómago se contrajo. Sintió la boca reseca y pensó en algo para beber. Pero, ¿qué era? ¿Agua? ¿Soda? ¿Té? ¡Sí! Era té... con leche. Se puso de pie y caminó a la cocina.

Llegó al lavamanos y la sangre en sus dedos se esfumó con el frío chorro de la llave. Tarareaba una canción mientras preparaba unos huevos revueltos y el agua al fuego subía de temperatura.

Comió en la mesa. Lo único que se escuchaba ahí era el sonido que hacía al masticar.

Terminó y llevó los trastos sucios al fregadero. Alguien tocó entonces a la puerta. Fueron tres golpes continuos. Se arrastró por la casa y llegó a la puerta para abrirla. Era Bertha.

—¿Sí? —Dijo Marlene. Vio a la señora ahí parada, con esos lentes que le agrandaban los ojos.

—Buenos días —dijo Bertha—. Qué lindo día hace, ¿no?

—Claro —dijo Marlene, sonriendo. Se asomó un poco y vio el cielo despejado. Alcanzó a ver a un pájaro que volaba a alguna parte.

—Vine por mi encargo.

Marlene escuchó aquello y la imagen mental de la bufanda de la señora se formó ahí, en su cerebro.

—Oh, sí. Ahora regreso. —Marlene se dio la vuelta y regresó con las prendas.

—Muchas gracias, vecina. Ah, qué maravilla —dijo Bertha, examinando la bufanda.

Marlene se despidió de la mujer y cerró la puerta. Caminó a la sala y vio la tele, el control yacía en un sofá.

—No me apetece —se dijo en un murmullo. Después su vista se posó en el piano. Estaba cubierto por una tela rosada que ella había hecho hace muchos años. Se sentó en el banco y descubrió el piano para después alzar la tapa del teclado. Se enfrentó a las teclas amarillentas. Posó entonces ambas manos en el teclado y sus dedos comenzaron a

deslizarse. Una vieja pero dulce melodía surgió.

Tocó varias canciones. Todas ellas llegaban una detrás de la otra, como si su cerebro fuese un reproductor automático. Una hora después sintió las piernas tensas. No, no le dolía. Solo era una sensación que el cuerpo utilizaba para decirle a Marlene que ya era suficiente música. Al menos para esa mañana.

Notó que ya no tenía verduras en el refrigerador. Y no podía hacer una sopa de verduras sin verduras. Se colocó sus zapatillas, tomó su monedero, se colocó su sombrero (una pieza azul con un listón verde) y salió a la calle. Ahí estaba su auto. Llegó a la puerta y sacó una llave de su monedero para después usarla con la puerta. El motor se empeñó a no encenderse. Marlene pensó que fue porque había olvidado llenar el tanque. Se bajó del auto y decidió tomar un taxi.

Dos horas después regresó a su casa. Compró todo lo necesario para la comida; una cálida sopa de verduras. Incluso el hombre que la trajo de vuelta le ayudó con las bolsas y Marlene le dio una generosa propina.

Terminó la sopa y esperó para que se enfríe. Antes de colocar la tapa a la olla, acercó su rostro y agitó la mano sobre la sopa e inhaló con fuerza. El vapor llegó a sus narices, pero apenas percibió aquellos olores herbales.

Tal vez es sólo un resfriando, pensó. Se encogió de hombros y se dirigió a la sala para leer un poco de aquella novela que había abandonado. Había sido, varios años atrás, la encargada de la biblioteca de la ciudad. Trabajaba ahí en las mañanas y en las tardes iba a la facultad de enfermería. Leía una novela a la semana (sin contar los textos de medicina obligatorios) y dedicaba un buen tiempo a organizar los libros de la biblioteca como buena amante de las historias atrapadas en simples hojas. La historia que ahora leía se trataba de un pintor que recibe una casa como herencia y descubre que en ella se encierra un ente misterioso. Marlene recibió aquel libro en navidad. Fue un regalo de su nieto César. Pensaba que aquellas novelas contemporáneas contenían una pizca de desesperación por vender sin importar el contenido de sus historias. Al menos aquella novela era corta y comenzaba a tener empatía por los personajes.

Miró su reloj en su muñeca y pensó que ya era hora de comer. Miró la página donde se había quedado, la 124, y cerró el libro. Al ir a la cocina descubrió un carrito de hilo a un lado del pasillo. Se agachó y lo tomó.

—Vaya —dijo—, alguien lo ha pisado. Mejor lo regreso a donde pertenece.

Marlene guardó el carrete en la caja de hilos y se dirigió a la cocina.

Comió con gusto. Cuchareaba aquella sopa acompañándola con un trozo de pan. Bebió jugo de naranja con varios cubos de hielo y al final disfrutó de un trozo de pastel de zanahoria el cual no recordaba haber comprado.

Rick llamó media hora después del té matutino. Marlene miraba en la televisión un programa de juegos donde una mujer estaba a punto de ganarse un auto del año. El teléfono cobró vida y Marlene sólo tuvo que tomar el aparato para silenciarlo de nuevo.

—¿Madre? —Dijo Rick.

—¿Quién habla?

—Soy Rick. ¿Cómo estás? Llamo desde la casa de un amigo.

—¿Rick? Ah, sí, claro —dijo Marlene, sin despegar los ojos de la televisión. Luego dijo—: ¿Qué amigo

—Luego te cuento... Llamo para decirte que me voy de visita.

—Qué bueno. ¿Y a dónde?

—Pues a su casa. Al menos que Olivia me quiera recibir, pero ya sabe cómo es.

—¡Es la caja dos, la caja dos! —decía Marlene.

—¿Cómo?

—Está bien... ¿Cuándo viajas?

—En unos días. La verdad no tengo idea ya que aquí son un tanto especiales con eso de los pasaportes.

—Perfecto.

—¿Te encuentras bien, ma'?

—Sí, claro. Nos vemos..., Rick.

Marlene colgó el teléfono. Tan pronto como se sentó bebió el resto de

su té con leche. Ya estaba frío.

La noche llegó. Marlene aún miraba la televisión y sólo se había levantado para ir al baño. Notó que sus ojos comenzaban a cerrarse, los sentía pesados y su vista se borraba ante la luz de la televisión. Durmió por cuatro horas seguidas. En la tele se veía una película tan antigua como su máquina de coser. Se despertó de un salto.

¿Dónde estoy? Pensó.

Se incorporó y después arrastró los pies hasta la lámpara más cercana. La encendió y miró su reloj de muñeca.

—Cielos —se dijo—. Es tardísimo.

Apagó la televisión con el control remoto y se dirigió a la izquierda. La oscuridad hizo que se tropezara con el banco del piano, pero al final pudo llegar a una habitación. Era la habitación de huéspedes. Pudo distinguir la cama; limpia y dispuesta. Se dirigió al ropero y abrió los cajones. Ahí había más oscuridad. Metió una mano y descubrió que estaba vacío. Se fue entonces a otra habitación. En aquel lugar sí había ropa. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y la luz de la luna llegaba por la ventana chorreando por una pared.

—Qué lindo —dijo murmurando. Había encontrado en uno de los cajones una bata azul de terciopelo. Tomó unas prendas más y se dirigió al baño. Ahí se quitó todo lo que llevaba y se colocó las ropas que había encontrado.

Vio su rostro en el espejo y sonrió.

—Hola, señorita —dijo—. ¿Quiere bailar?

Marlene bailó en medio del baño. Alzó los brazos y simuló danzar con alguien más. Movía las piernas de un lado a otro mientras tarareaba una canción de vals. Pronto, sus piernas se cansaron y decidió detenerse. Se volvió para enfrentar al espejo y se acomodó el cabello.

Se fue a la habitación de huéspedes y ahí durmió hasta la mañana siguiente.

Marlene costuró mucha ropa y leyó libros que ya había leído. Descubrió que los restaurantes le daban descuento por ser una mujer mayor. Comió dos veces en uno italiano y tres en otro que servía cremas deliciosas.

Pagaba con una tarjeta azul que había encontrado en un bolso una vez que todo el dinero que tenía se había esfumado. Se compró un par de sombreros parecidos al que ya tenía, pero aquellos, en su opinión, eran más elegantes.

En uno de aquellos días, Bertha llegó a la casa acompañada de una pequeña maceta. Un grupo de plantas de hojas jóvenes crecía en ella, brotes alargados colgaban de las puntas.

—Hola, Marlene. Mira, te he traído estos geranios.

Marlene miró la maceta y después miró a la mujer.

—Gracias —dijo—, pero ¿en dónde están?

—¿Disculpa? —Dijo Bertha.

—Los geranios.

—Ah, aún no brotan —respondió, un tanto extrañada—. Es por eso que te los he traído ya que tú sabes de plantas.

Bertha extendió la maceta y Marlene la tomó. Examinó la planta y pensó que debía regarla.

—Está bien —dijo Marlene—, gracias.

—No hay de qué. Recuerda que hoy es viernes y...

Marlene cerró la puerta.

Se fue a la cocina, tomó un vaso de cristal y sirvió un poco de agua. Regó la planta, cuidando de no verter de golpe el líquido. Al final colocó la maceta a la luz de la ventana de la cocina.

Las horas pasaron y su estómago le indicó que debía comer. Miró la tarjeta azul. También miró sus tres sombreros dispuestos en un gancho en la pared. Se puso de pie y tomó la tarjeta para meterla a su monedero, después eligió un sombrero, el verde, y salió de la casa.

Caminó una cuadra. Pasaba por una tienda de ropa interior cuando se encontró con Silvia, una mujer de cuarenta años. Era divorciada y con un solo hijo. Detuvo sus alargados pasos.

—Señora, ¿cómo está? —Silvia acomodó su bolso y se inclinó para besar y abrazar a Marlene. Marlene se puso tensa. Pensó que aquella

mujer la asaltaría quitándole todo lo que llevaba. Sin embargo, dejó que la mujer rodeara sus brazos en ella. Su nariz se aplastó en su hombro y un olor dulce llegó a sus narices. Pensó en flores, pero el olor se apagó pronto.

Silvia arrugó el rostro. Ella no había olido flores. La mujer percibió el hedor del cuerpo de Marlene. Era sutil, apenas perceptible, pero Silvia pudo sentir cómo los restos de su almuerzo amenazaban con regresar a su laringe.

—¿Qué quiere? —Dijo Marlene.

—Soy Silvia. ¿No me reconoce? —Silvia hizo un esfuerzo para no incomodarse con aquel olor.

Marlene le dedicó una mirada seria. Puso a andar sus piernas y se alejó lo más rápido que pudo.

Comió una orden pequeña de tortilla de patatas y bebió una limonada. Al pagar, le entregó al mesero, un joven llamado Eric, su tarjeta azul. Marlene notó que aquel chico le sonreía siempre que llegaba a aquel restaurante.

Tal vez le gusto, pensó. Vaya, ¿Cuándo me invitará a salir?

Eric llegó a la mesa de Marlene. Sonreía, pero cualquiera que lo mirase se daría cuenta de que se esforzaba por hacerlo.

—Señora —dijo Eric—, me temo que han rechazado su tarjeta.

—¿Qué has dicho, cielo?

—Su tarjeta, no podemos cobrarle.

Marlene alargó una mano y acarició la manga de la camisa de Eric.

—No bromees —dijo Marlene—. ¿Haces ejercicio?

Eric tragó saliva. Dio un paso disimulado hacia atrás y abandonó la tarjeta azul en la mesa de Marlene.

—Señora, deberá pagar con efectivo —dijo, sin perder su sonrisa.

—Soy una mujer rica, claro que tengo efectivo.

Marlene tomó su monedero y arrojó tres monedas en la mesa.

—Y aquí tienes tu propina —dijo y agregó un centavo.

El joven pensó por un momento lo que iba a decir.

—No hay problema... quiero decir, si no tiene dinero puedo anotarlo y mañana que venga ya lo paga.

—Oh, ¿puedes hacer eso?

—Claro. Usted siempre viene y tal parece que gusta de mis servicios.

—No te imaginas cuanto, corazón —Marlene intentó acariciar el brazo de Eric, pero este se apartó aún más.

—Pues así será, señora... ¿Sabe qué? No se preocupe, yo invito hoy —dijo Eric. Sabía que no podía armar un escándalo con aquella anciana. De todos modos, había comido poco y no le importaba gastar unos pesos.

Marlene abrió la boca y profirió un grito de alegría.

—Eres encantador. Bueno, es hora de irme. Nos veremos, Eric. Te aseguro que lo haremos —Marlene le guiñó un ojo, recogió sus cosas y se fue.

El restaurante se encontraba cerca de su casa por lo que no tuvo necesidad de tomar un taxi. Caminando por la ciudad sentía que podía correr. Sentía una especie de fuerza liberal en su ser, como si hubiese rejuvenecido.

Llegó a la casa y se dispuso a hacer sus tareas diarias las cuales no eran más que cocinar, mirar la televisión, costurar, leer y regar los geranios. Atendía el teléfono, pero aquellos que hablaban al otro lado eran simples extraños que se equivocaban de número. En una de las llamadas una tal Olivia le preguntó si se encontraba bien. Marlene, antes de colgar, le dijo que sí y que todo en su vida estaba correcto. Que no necesitaba a nadie.

También tocó el piano. Había encontrado en un cajón un antiguo libro de partituras. En aquella tarde aprendió un pequeño vals de Chopin.

Alguien llamó a la puerta. Una voz masculina surgió al otro lado.

—Madre, abre la puerta.

El pomo se sacudió, pero no giró del todo.

Marlene, suspiró y comenzó a tocar de nuevo aquel vals. El golpeteo de la puerta continuó y aquello la irritó. La persona al otro lado no dudó en gritar.

—¡Madre! ¡Ábreme!

Marlene se puso de pie. Caminó a la puerta y le quitó el seguro para después abrir de golpe.

—¿Qué quiere? —Dijo con voz autoritaria.

—Madre —dijo Rick, quien quiso abrazar a Marlene, pero está lo impidió.

—Diga qué quiere, por favor.

Rick arrugó el rostro. Se cubrió la nariz con el antebrazo y logró controlar sus arcadas.

—¿Qué es eso? —Dijo Rick, mirando a su madre.

—¿Qué es qué? Si no piensa hablar le pediré que se vaya.

Rick se alejó un poco y sacó su teléfono celular.

—¿Olivia? Soy Rick. Ven pronto a la casa de mamá... ¿Qué? Solo ven, rápido.

—¿Qué sucede y por qué se cubre el rostro? —Dijo Marlene.

—Madre, ¿en dónde está mi abuelo?

—El abuelo no está, se fue de cacería. Llegará pronto. ¿Eres mi hijo? No recuerdo tener un hijo tan apuesto. ¿Cuál es tu nombre?

Rick miró a Marlene y no pudo decir nada más.

Marlene invitó a pasar a Rick a la casa, pero este no aceptó. Al principio se reusó ya que aquel olor era en verdad alarmante. Sin embargo, minutos después extrajo una bufanda de su equipaje y se lo colocó a medio rostro, como si fuese a esquiar.

Entró a la casa. Había basura en todos lados, trozos de telas rasgadas yacían a un lado de la máquina de coser. Capas de polvo inundaban los

muebles. Rick apartó unas ropas del sofá más próximo a la puerta y se sentó con cuidado. Pudo ver desde donde se encontraba que la cocina estaba hecha un asco.

—Dime, Rick, ¿de dónde nos visitas?

—De... De...

—Oh, quítate esa bufanda, no puedo oírte.

—Madre... —comenzó a decir Rick hablando más fuerte.

—¿Haces ejercicio? —preguntó Marlene.

Rick miró a su madre y logró girar la cabeza intentando decirle que no, que no hacía un carajo de ejercicio.

El auto de Olivia se estacionó donde siempre. Rick pudo escuchar que su hermana llegaba pisando el asfalto con sus tacones. Rick se levantó sin más y fue a abrir la puerta.

—Rick —dijo Olivia, a su lado estaba César.

—Por Dios, Olivia, algo malo ha pasado.

—¿De qué hablas? ¿Dónde está mamá?

Olivia entró deprisa. Tanto ella como su hijo percibieron aquel olor.

—Maldita sea —dijo Olivia—. ¿Qué es eso? César, espera en el auto.

El chico se alejó corriendo tan rápido como pudo.

Ambos hermanos entraron a la casa. Ahí estaba Marlene, sonriente, sentada en un sofá.

—¿Quién es esa? —Dijo, analizando a Olivia—. ¿Es tu esposa?

Olivia se sentó enfrente de su madre. Rick se dirigió a toda prisa a la habitación de sus padres siempre oprimiendo la bufanda contra su boca.

—Oh, querida, ¿por qué lloras? —Dijo Marlene.

—Madre...

—Oh, ¡mire la hora! —Dijo, llevándose una mano a la cara—. Es hora del té, ¿quiere té, señorita? Vamos no ponga esa cara. El té es bueno... ¿Lo quiere con leche? La leche también es buena.

Marlene se dirigió a la cocina. Olivia pudo escuchar que su madre tarareaba una canción, una canción que creyó escuchar alguna vez.